

Leopoldo Zea

Polonia al filo de nuestro tiempo

Con este trabajo me sumo al homenaje que se le rinde a mi viejo amigo Andrzej Dembicz, un polaco de gran corazón con el que me he encontrado varias veces. La última vez me invitó a Varsovia diciéndome: "Aunque no lo creas soy tu amigo". ¿Por qué no habría de serlo? Son naturales las diferencias entre amigos, que por ser distintos entre sí buscan entender y hacerse entender.

Polonia es un pueblo maravilloso, siempre fiel a la Cristiandad universal, católica, que desde el otro lado de las montañas, desde el Mar Mediterráneo y el Imperio Romano, llegó a estas tierras lejanas sobre el Báltico para integrar, como en el Mediterráneo integraba el Viejo Mundo: Europa, Asia y África. La Europa báltica unía pero no integraba como lo habían hecho griegos y romanos por su carácter multirracial y multicultural: forjaba individualidades, pero no comunidades. Polonia es parte de este mundo, pero su amor a la Roma Cristiana la convierte en un eje entre dos expresiones del Viejo Mundo.

De ese lejano lugar llegó el cardenal y obispo de Cracovia, Karol Wojtyła, del que supe en 1978 al ser invitado a la ciudad de Wrocław a un congreso por la paz, durante la Guerra Fría puesta en marcha desde el Nuevo Continente por el presidente de Estados Unidos Harry Truman al terminar la segunda Guerra Mundial.

El cardenal de Cracovia no aceptaba el maniqueísmo anglosajón ni el totalitarismo stalinista que sufría su patria, como otros lugares del centro de Europa. En defensa de los derechos humanos de su pueblo enfrentó al comunismo fundamentalista. Poco después este obispo fue designado para ser Papa, adoptando el nombre de Juan Pablo II.

¿Era el Papa de la Guerra Fría? Juan Pablo II empezó a recorrer el mundo. Quería saber, conocer, entender y hacerse entender. Así llegó por vez primera al Nuevo Continente. En el sur supo de la dictadura de Augusto Pinochet. ¡Un gran mal, aunque había peores, como el comunismo! Sin embargo, en la Unión Soviética había llegado Mijail Gorbachov, quien había puesto en marcha el fin de la Guerra Fría en 1989, conciliando lo que parecía enfrentado, utilizando la libre empresa como instrumento al servicio de los pueblos.

Terminaba la Guerra Fría siempre al filo de la lucha armada. Comenzaba ahora una pugna por los mercados. Como el comunismo, la economía de mercado no les sirve a los pueblos, sino que los transforma en números. El Papa de la Guerra Fría enfrenta ahora la deshumanización de esta economía.

Juan Pablo II en sus visitas al Nuevo Continente llegó a México, donde se encontró con un pueblo fronterizo de Estados Unidos, ese país blanco, anglosajón y puritano, que nada quería saber de indios, negros y mestizos. México, orgulloso de la riqueza de su estirpe, venía enfrentando la voracidad de su vecino sin más armas que la dignidad. Aquí fue donde el pontífice del Vaticano afirmó su fe en defensa de los derechos del hombre que los fundamentalistas aplastan, una fe que se plasmaba en la Virgen de Guadalupe, madre de todo mestizaje, y por ello abierta a todos los pueblos del mundo.

Es de este gran polaco, al filo de nuestro tiempo, del que quiero hablar en homenaje a mi siempre amigo Andrzej Dembicz, que desde Varsovia hace lo suyo como cada uno de nosotros hacemos lo nuestro para conciliar la ineludible diversidad de lo humano: "Nación de naciones", decía Simón Bolívar, "Raza de razas", decía José Vasconcelos.

El regreso a México de Juan Pablo II

En 1978 era consagrado Pontífice de la Cristiandad Juan Pablo II. Sucedió a Juan Pablo I, de efímero papado (1978) y muerto en extrañas circunstancias, que a su vez había sucedido a Paulo VI (1963-78). Este último había sido continuador de la obra magistral del Papa Juan XXIII, cuyo corto pontificado (1958-63) trazó en la historia de la Iglesia un antes y un después.

De Juan Pablo II se decía que era el Papa que había venido del frío y se pensaba en el Papa de la novela "Las sandalias del pescador". Eran los duros tiempos de la Guerra Fría; en la Unión Soviética y la Europa del Este bajo su dominio había sorprendido la designación. Se entrelazaba el orgullo con el temor. ¿Cómo actuaría este Papa? Se conocía su obra como obispo y cardenal de Cracovia: era un anticomunista. No podía evitar mirar el mundo como polaco y comparar las penas de este mundo con las de su pueblo bajo la férula comunista. Su antecesor Paulo VI había iniciado algo inusitado: viajar para conocer el mundo que se regía con las reglas de Cristo. Juan Pablo II continuó esta costumbre y al hacerlo su visión del universo se fue ampliando. Continuamente se fue desplazando sobre lejanos pueblos en América Latina, África, Asia y también sobre la otra Europa y los Estados Unidos. Así supo de males anteriores al establecimiento del comunismo, sobre los que éste se montaba para extenderse.

La crisis de 1989, que puso fin a la Guerra Fría, había surgido dentro del mismo sistema comunista por el afán de hacer compatible el modo de vida capitalista con un socialismo que lo extendiera a todos los pueblos. El comunismo opuesto a esta posibilidad se desintegraba, pero aún quedaban vivos los males que por centurias y milenios le habían antecedido y tenían su origen en el egoísmo de los hombres.

En 1979 el Papa polaco visitó México por primera vez. ¿Qué esperaba encontrar? Cuando recibió a Gabriel García Márquez en Roma le preguntó sobre México. "¿Es como Polonia?". "No –le contestó Gabo–, es otra historia". En efecto, al llegar a México se encontró con un pueblo que enfrentaba problemas como otros diversos pueblos de la tierra y que trataba de resolverlos de acuerdo con sus posibilidades. Ni comunistas ni golpistas. El Papa quedó encandilado por el afecto con que fue recibido. Un pueblo católico, pero anticlerical, siempre fiel a Cristo y a su obra. El Papa regresaría a México en cuatro ocasiones más.

Cuando su visita de 1991, el comunismo había hecho crisis. Polonia y los pueblos bajo su hegemonía habían roto sus cadenas, pero se manifiesta resistencia en la Europa Occidental para integrar a los que se llama ex-comunistas y por ello irredentos. La injusticia no ha terminado. Se encuentran pretextos para mantenerla. Se ha puesto fin a la Guerra Fría pero se está ampliando la Guerra Sucia que imponen los Pinochet y otros golpistas al servicio del sistema que se considera triunfante.

En el encuentro con empresarios mexicanos, el Papa les dice: "Los acontecimientos de la historia reciente han sido interpretados superficialmente como el triunfo

del sistema capitalista liberal, al extremo de presentar a éste como el único camino para nuestros mundos y rehuyendo el juicio crítico necesario sobre los efectos que el capitalismo liberal ha producido, por lo menos hasta el presente, en los países del Tercer Mundo". Esta crítica se hará expresa en su encíclica *Centessimus Annus*.

En San Juan de los Lagos el Pontífice habla a los jóvenes sobre sus esperanzas. ¡Se esperaban tantas cosas con los cambios iniciados en 1989! "Nosotros –dice– esperábamos que se lograra un mundo más justo; que la democracia de hecho se convertiría en bastión de los derechos humanos; que el desarrollo económico no se haría a costa de los más pequeños y débiles; que el progreso técnico y científico nos haría más felices. ¡Esperábamos tantas cosas, pero todo sigue igual! ¡Jóvenes, no perdáis la esperanza!". Y agrega algo más: "México es un caso único". Por su experiencia como pueblo, por su historia: "Vuestra identidad concreta está marcada por muchos elementos raciales, culturales y religiosos que se han ido fundiendo y configurando en la nación mexicana. Aquí se inició una expresión peculiar de la historia de la Cristiandad. El mensaje de Cristo ha ido configurándose, profunda, eficazmente en su mentalidad, en su idiosincrasia, en sus raíces, modelando su fisonomía y contribuyendo más que cualquier otro factor cultural a su identidad étnica y cultural".

En 1998 el Papa visitó Cuba, donde fue a rescatar a un pueblo, no ya del comunismo, sino de la injusticia que les seguía imponiendo el sistema que se considera triunfante al insistir en reclamar derechos que consideraba de su exclusividad. Juntos, el Papa y el caudillo de la Revolución que adoptó el comunismo para preservar a su pueblo, enviaron un nuevo mensaje de justicia al mundo como totalidad. Por encima de sus cabezas, la efigie del Che Guevara los contemplaba en la Plaza de la Revolución. La Guerra Fría había terminado, había que poner fin a la Guerra Sucia.

Al año siguiente el Papa regresa a México, bajo el gobierno del presidente Ernesto Zedillo, en vísperas de cambios que harían patente el desarrollo económico alcanzado y la puesta en marcha de la democracia. Es un momento difícil para su pueblo porque enfrenta a nivel global a quienes recogen los beneficios de un sistema y se niegan a compartirlos, quienes quieren deshacer la nación que el Papa vio maravillosamente integrada y sobre la cual habló a los jóvenes en su segunda visita. Se pretende dividir y atomizar, para su mejor utilización, la nación que estaba unida en su diversidad de expresiones étnicas, culturales y religiosas. La teología surgida en esta nuestra América contra la injusticia de la conquista, el coloniaje y la marginación ha sido transformada por intransigentes fundamentalismos que justifican la desintegración de la nación. Ya el Santo Padre ha hecho expresa su condena a estos fundamentalismos. Tal es el panorama con el que se encontrará ahora el pastor de la Cristiandad en su nueva visita a un pueblo siempre fiel como el mexicano.

La Guadalupana y Juan Diego

En cada visita el Santo Padre ha mostrado su gran afecto por la gente que forma el pueblo mexicano. Afecto por un país que destaca en la historia por la honra de su recio mestizaje expreso en la Virgen de Guadalupe. "¡México siempre fiel!", decía el Papa.

En 1999 el Papa trajo a México un mensaje en defensa de la identidad mestiza mexicana, de la que el elemento indígena es parte, y que se expresa en la Guada-

lupana. Esta identidad ha sido puesta en jaque por una economía de mercado controlada por los países ricos que ofrecen tratados, que deberían ser entre iguales, condicionados a la resolución de las exigencias de la gente marginada por su origen racial y cultural.

Poco antes de su cuarta visita a México, el Papa hizo una exhortación a "las instituciones nacionales, internacionales y centros que controlan la economía mundial para que asuman planes y proyectos para garantizar una mayor distribución de la riqueza de la Tierra". Como dijo el profeta bíblico Isaías: "El Señor preparará un banquete para todos los pueblos". El Papa se dirige a los excluidos del banquete de cada día, "a todos los que no han compartido los beneficios materiales que ha traído el progreso".

Esta exhortación fue una clara alusión al problema que enfrentaba México con Estados Unidos y con la Europa Comunitaria en relación con los Tratados de Libre Comercio. Desde el 1 de enero de 1994 –fecha en que entra en vigor el TLC firmado con Estados Unidos–, en los Altos de Chiapas, un supuesto guerrillero sin rostro amenaza al sistema originado de la Revolución de 1910, cuyas metas fueron corrompidas por la misma gente que provoca el alzamiento armado. Esta provocación origina la crisis económica de México en diciembre del mismo año, apenas unos días después del inicio del gobierno de Ernesto Zedillo, primer presidente de México electo por voluntad ciudadana. A pesar de las amenazas del enmascarado, la manipulación fue resistida dentro del mismo sistema que se quiso desestabilizar. El guerrillero sin rostro parecía quedar desempleado pero no fue así, resultó útil para manipular los tratados.

El mensaje del Papa es contrario a la marginación de sus amados indígenas. Se trata de poner al alcance de éstos, y no de negarles, los beneficios del desarrollo. Ellos forman parte del México mestizo al que la Guadalupana habló usando como portavoz al indio Juan Diego.

¿Por qué este mensaje a México en especial y a la América mestiza de la que es parte? "Por estar más próximos a Cristo y a su palabra –contesta el Papa–, por ser fenómeno de unidad". "Porque México es un país donde la fe católica sirvió de fundamento al mestizaje que transformó a la antigua pluralidad étnica e integró la nación que ahora es México".

"La ciudad de México fue erigida en el mismo sitio donde antes existió una ciudad mexicana y donde los aztecas fueron los primeros poseedores de estas tierras". "Los descendientes de los que fueran poseedores de estas tierras tienen derecho a ellas y a sus frutos, como parte que son de la nación, como lo son el resto de los mexicanos". Fue a partir de aquí que se integró a toda América.

La esperanza como mito y la desacralización

¿Qué vio el Pontífice de la Cristiandad distinto de lo que vieron con pasión algunos evangelistas y misioneros que llegaron a América? ¿Qué vio Juan Pablo II en esta región del continente que hace frontera con la América sajona y que encomendó a Santa María de Guadalupe, Reina de México y Emperatriz de América?

Los evangelizadores y misioneros, en su fervor, vieron al ignorado continente como tierra poblada por gente abandonada por la Providencia, por razones que sólo

ella conoce. El tropiezo de España con estas tierras y sus habitantes mostró los designios de la Providencia para encomendar a la España mestiza, católica y ecuménica, la misión de salvar las almas de estas criaturas. Los misioneros vieron demonios en los santuarios y altares donde oficiaban los indígenas y por ello levantaron sobre ellos templos cristianos.

La redención de esta gente, encomendada a piadosos señores españoles, no sería tarea fácil, porque se trataba de hacerse comprender por gente de otra raza, cultura, lengua, hábitos y costumbres. Entre los encargados de esta encomienda surgió la pregunta sobre la compensación que recibirían por sus desvelos y su piadosa labor. La compensación sería el uso de los cuerpos, fuente de todo pecado. Este tema se discutió en las grandes universidades de España, como la de Valladolid y la de Salamanca: Juan Ginés de Sepúlveda frente a fray Bartolomé de Las Casas.

Juan Pablo II, Pontífice de Roma, ha visto otra cosa. No vio ídolos ni demonios, sino balbuceos de Dios, la Providencia, que está en las diversas mitologías existentes. De ellas, el maestro de Alejandro de Macedonia, Aristóteles, dedujo el Primer Motor que mueve todo sin ser movido. Así ha sucedido con las diversas religiones monoteístas en la milenaria historia de la Humanidad.

La diversidad de razas, hábitos, costumbres, lenguas y culturas de los indígenas no se iguala a la de sus descubridores y colonizadores, y menos aún a la de los puritanos que los vieron como algo inferior al hombre, como parte de la flora y fauna para utilizar, desbrozar y destruir, como bestias de carga o alimañas que deben ser exterminadas. Esta gente ha demostrado que no son inferiores.

El Papa ve a la gente del continente reencontrado en 1492 como almas para redimir, que es lo más nítido del cristianismo que predicaron sus seguidores a lo largo y ancho del planeta. No es la visión que se discutió en Salamanca y Valladolid, y menos aún la puritana que en Europa origina la intransigencia de la Iglesia de Estado, secularizada por el emperador Constantino. Es gente que se considera abandonada por Dios y lo busca, dentro de la difícil realidad que enfrenta. Ellos poseen un Dios propio que premia o castiga por su capacidad para imponerse a tal naturaleza.

La visión redentorista española y la pragmática del puritanismo son rebasadas por la visión ecuménica del Pontífice de Roma, que abarca a la totalidad de la gente y que en sus diversas expresiones hacen patente la humanidad.

El Papa hizo extensivas a todo el continente y al mundo las palabras que dijo a los mexicanos en su cuarta visita. Recuerda que en Roma, sobre el templo dedicado a Minerva, se alza el de Santa María sopra Minerva. Sobre el panteón romano el cristiano. No como algo sobrepuesto, sino como algo expreso en los múltiples dioses de su mitología –griegos y latinos–, como sucede en toda Europa, Asia, África, Oceanía y América.

En México, como en el resto del continente, se hace patente esta sobreposición. Sobre Tenochtitlan, capital del imperio azteca, surge la Nueva España, y así a lo largo del brazo que une el norte con el sur hasta Lima. México fue elegido por el Papa para realizar la canonización del indio Juan Diego como símbolo de la Raza Cósmica, del mestizaje que originó la conquista y colonización española.

Vuelven a suscitarse dudas sobre el mito de Juan Diego y la misma Guadalupeana y se ofrecen testimonios de su existencia. Juan Diego no era un indio cualquier

ra, sino un noble de la realeza azteca. ¡Mitos, puros mitos que sólo pueden justificar milagros como el devolver la vista a ciegos y dar vida a muertos! ¿Justifican estos milagros la existencia del doble mito de la Guadalupeana y Juan Diego? Más extraordinario que esos milagros es hacer andar a un pueblo y dar sentido a su existencia después de haber sufrido el impacto de la conquista y la colonización españolas. Lo extraordinario radica en llevar la esperanza a pueblos como el nuestro.

Los que se empeñan en desacralizar el mito hacen del mismo superstición, para no afectar sus mezquinos intereses. Esto sucede aquí y en cualquier lugar del mundo con múltiples y diversas mitologías como balbuceos de un Dios único, de una Providencia para todos.

Fin a la marginación. El Papa y las Américas

Un viejo sueño de esta parte del continente designada como América, la que se autodenomina Latina, fue hacer de toda la región una nación de naciones que cubriese el mundo entero. Este fue el sueño de Simón Bolívar, José Vasconcelos y de muchos otros, sueño que tropezaba con la resistencia de gente de la otra América, porque veían afectados sus exclusivos intereses, la creencia de que eran los elegidos por la Providencia para hacer uso de la totalidad de la Tierra.

La América sajona excluyente en contraposición con la latina incluyente. La América rica y la América pobre por predestinación divina. Una gozando del banquete de la prosperidad que proporciona el desarrollo, la otra condenada sólo a recibir las sobras.

El Pontífice de la Cristiandad, el Papa Juan Pablo II, poco antes de iniciar su cuarta visita a México exhortó al mundo desarrollado para que hiciese partícipes de su exclusivo banquete a quienes con sus recursos naturales y fuerza de trabajo han hecho posible el desarrollo, a los siempre marginados del mismo. "Las instituciones internacionales, gobiernos nacionales y los centros que controlan la economía mundial deben asumir –dijo el Papa– planes y proyectos valientes para garantizar una mayor distribución de los bienes de la Tierra".

Un llamado claro y abierto a los centros de poder económico nacionales e internacionales que se resisten a compartir los frutos del desarrollo. Si todos participan, unos imaginando iniciativas y otros posibilitándolas con la fuerza de sus brazos y riquezas naturales, los beneficios obtenidos deben ser comunes. No se trata de convertir a la pobreza en signo de la identidad de unas gentes y, en ese sentido, de respetarla, argumentando que de los pobres será el reino de los cielos. "Qué difícil es ser rico" –decía Borges. ¿Por qué se empeñan los pobres en serlo?

Al volver a pisar tierra mexicana el Pontífice explica a los mexicanos la razón de su visita. La tierra mexicana es parte del nuevo continente bautizado como América y como tierra de la esperanza. ¿Por qué de la esperanza? ¿Por qué México en concreto? "Esta capital –explicó– va a ser lugar de un encuentro privilegiado y excepcional por una cita histórica". El Papa se refería a la reunión de los obispos de todo el continente americano en la Basílica de Guadalupe, ante la Virgen morena. Allí presentarán los frutos del sínodo de las Américas celebrado en Roma y el Papa lo firmará. Obispos de toda América, de Alaska a Tierra del Fuego, con sus diversas lenguas, hábitos y costumbres, pero empeñados todos en un plan para enaltecer la dignidad del ser humano "dentro de

un marco de las sociedades justas, reconciliadas y abiertas en un progreso técnico que sea convergente con el necesario progreso moral". Una gran mesa para un gran banquete en el que no haya excluidos.

¿Por qué en América? ¿Por qué en México? ¿Por qué ante la Virgen morena? "Por estar más próxima a Cristo y a su palabra –contesta el Papa–; manifestarse auténtica y libre de condicionamientos mundanos; ser mejor servidora del hombre desde una perspectiva evangélica; ser fermento de unidad y no de división de la humanidad que se abre a nuevos, dilatados y aún no bien perfilados horizontes". Y México porque es "un país donde la fe católica sirvió de fundamento al mestizaje que transformó la antigua pluralidad étnica", porque el catolicismo integró a la nación que ahora es México.

¿Qué pasa entonces con las demandas para separar lo que la fe católica integró? El Papa reconoce el pasado indígena: "La ciudad de México fue erigida en el mismo sitio donde antes hubo una ciudad mexicana y fueron los aztecas los primeros poseedores de estas tierras". Fue en esta tierra donde el catolicismo fecundó la nación mestiza que allí surgió. Los descendientes de los que fueran poseedores de estas tierras tienen derecho a ellas y a sus frutos, como parte que son de la nación, como el resto de los mexicanos. El Papa enfrenta así los empeños por anular lo que el catolicismo integró. ¿Será a partir de esta integración en México que se integre todo el continente? La nación de naciones, la raza de razas, cultura de culturas.

Integración, no división. ¡No a los empeños por separar, desintegrar lo que el destino histórico unió en esta región del mundo ignorada a lo largo de los siglos! "Junto con mis hermanos obispos de México y de toda América vengo a postrarme –agregó el Pontífice– ante la tila del beato Juan Diego. Pediré a Santa María de Guadalupe, al final de un milenio fecundo y atormentado, que el próximo sea un milenio en el que en México, América y el mundo entero se abran vías seguras de fraternidad y de paz. Postorado ante la morenita del Tepeyac, Reina de México y Emperatriz de América, desde este momento encomiendo a sus maternos cuidados los destinos de esta nación y de todo el continente. Que Santa María de Guadalupe ayude a México, a América, a caminar unidos por esas sendas seguras y llenas de luz".

Lo que ahora ve el patriarca de la Cristiandad no es ya lo que vieron por su pasión algunos evangelizadores y misioneros: un continente marginado por la Providencia y por ello en las garras del demonio. Por ello satanizaron a sus dioses y levantaron sobre sus altares templos de redención. Pero redención por la cual deberían pagar los indígenas con la sumisión a sus conquistadores y colonizadores. Tras quinientos años de injusticia es ahora otra visión de ese pasado indígena la que se tiene, que de muchas formas lleva dentro cada mexicano, la de un gran crisol donde se han ido fundiendo las diversas expresiones raciales y culturales de lo humano. Mayas, aztecas, incas, araucanos y otros muchos son la base del futuro que para el mundo entero vislumbra el Papa Juan Pablo II.

¿Y los dioses? no son demonios, sino balbuceantes expresiones de anhelos, deseos de los humanos por superar los retos que les impone el mundo, la naturaleza y sus mismos semejantes. Son anticipos de una entidad que pueda resolver de una vez y para siempre esta problemática. Así fue cuando surgió el cristianismo de un establo de un pequeño lugar de Palestina y se expandió superando a los múltiples dioses de Grecia, Roma, Egipto y otras partes del mundo antiguo, superando con la esperanza aquello que

no estaba a su alcance. Como en México, sobre el Templo Mayor de los aztecas, se alza la Catedral y sobre los dioses aztecas una Virgen morena como Juan Diego y la raza a la que pertenece.

Es esta maravillosa morenita, la Guadalupana, de la que habla el Papa Juan Pablo II, la que ahora se erige como expresión del gran mestizaje que se ha formado de extremo a extremo en este continente. Reina de México, Emperatriz de América y esperanza del mundo que está emergiendo.

Pero se enfrenta a este mestizaje integrador la terca oposición de quienes hacen de su ineludible y peculiar identidad y sus no menos peculiares intereses justificación para mantener su dominio sobre quienes son sus semejantes. Justificación para mantener marginaciones, ayer para salvar las almas, ahora la identidad de los indígenas. ¿Quién o quiénes están empeñados en los renovados esfuerzos por mantener la marginación de los llamados indígenas en supuesto beneficio de los mismos? ¿Los marxistas que hicieron de esta doctrina lucha de clases y violencia para imponer la dictadura del proletariado? ¿El socialismo real que encarnó el estalinismo? No, ese empeño pasó a la historia con el fin de la Guerra Fría, lo que no ha pasado es el sistema darwiniano que hace de los supuestamente mejores en la lucha de las especies motor de un desarrollo en su exclusivo beneficio.

El fin de la Guerra Fría originó frustraciones, resentimientos y fuertes rencores, pero sin la fuerza para superarlos, es decir, superar un sistema. Un sistema que se niega a cambiar, a compartir lo que ha sido alcanzado con la participación de todos, enfrentando en Estados Unidos al presidente William Clinton, que trató de hacer de ese país la más grande nación multirracial, incorporando al exclusivista sueño americano a los numerosos marginados del mismo. Es el sistema que pone poderosos instrumentos de información al servicio de los resentimientos y protagonismos, para activar y justificar así condenas, para marginar a quienes insistan en esos cambios.

Es de este sistema, a través de sus medios, que llegan las demandas para que se aprueben leyes que justifiquen la marginación de etnias en México y América. Es el sistema que sigue haciendo del mestizaje corrupción. El que reclama desmontar o destruir catedrales cristianas para que puedan regresar los dioses aztecas. ¿La Coatlicue en lugar de la Guadalupana? Reclamamos que parten del mismo mundo que integró su paganismo al cristianismo. Parten de Europa: Italia, Francia, Alemania, España, y de otros lugares. ¿En Santa María sopra Minerva de Roma va a eliminarse a la primera para que recupere su lugar la segunda? En México, oídos sordos se empeñan en interpretar las palabras del Pontífice de forma tal que se justifique el afán por desintegrar lo que la historia ha unido.

Prepararse para la globalización

El pronunciamiento del Papa Juan Pablo II contra la globalización, como una forma de colonialismo, hizo hincapié en la necesidad de reforzar la globalización de los pobres, de los siempre marginados, y prepararlos para posibilitar el obligado y equilibrado reparto de sacrificios y de beneficios. Esto no es fácil en pueblos como los nuestros, que han de emerger del centenario colonialismo.

Dice el Papa: "Lo que sucede es que los cambios en la tecnología y las relaciones laborales se producen demasiado rápido para que las culturas reaccionen". Vital en

ellas son "las salvaguardas sociales, legales y culturales". De otra forma "se prestan a manipulaciones que impiden su emergencia". "La globalización a menudo arriesga destruir estas estructuras cuidadosamente construidas, imponiendo la adopción de nuevos estilos de trabajo, de vida y de organización comunitaria". Hay que evitar que "la globalización sea una nueva forma de colonialismo". En otras palabras, la globalización no implica renunciar a esas estructuras de trabajo, de vida y de organización comunitaria.

Asia ha sido el más extraordinario ejemplo de una región que ha emergido en la globalización originada por la ciencia y la técnica de los últimos tiempos. Japón, China, India y Malasia han entrado a la globalización sin renunciar a sus estructuras vitales y culturales, que no se reducen a vestir y relacionarse con otros pueblos.

¿Los japoneses se han occidentalizado? ¿Los chinos se han americanizado? Sonrientes contestan: "En forma alguna, estamos usando y mejorando la técnica occidental, americana, pero a la japonesa, a la china, a la malaya y a la hindú". "A veces cambiamos hábitos y costumbres sin dejar por ello de ser quienes somos". "Respetamos nuestros orígenes, pero no somos rehenes de ellos". La globalización que rechaza el Santo Padre es la que trata de hacer de estos hábitos, costumbres y lenguas, instrumento para impedir la emergencia de los pueblos. Emergencia quiere decir cambio: dejar de ser lo que se ha sido para superarse, como lo han hecho quienes quieren imponerse sobre otros pueblos.

Hace años recibí la visita de un estudiante de la Universidad de Columbia en Nueva York. Estaba escribiendo una tesis sobre mi obra y me preguntaba: "Doctor, usted es acérrimo crítico de los Estados Unidos, pero he visto en su puerta un automóvil estadounidense. ¿No está en contradicción con sus críticas? (...) No –le contesté–, porque el automóvil lo conduzco yo, él no me conduce a mí".

El reclamo del Pontífice de Roma es que hay que enseñar a la gente a servirse de los extraordinarios logros y técnicas de nuestro tiempo, sin que ello implique la renuncia a lo que se es. Este modo de vida debería ser el punto de partida que permitiera a los pueblos superarse, y no el instrumento que los mantenga cautivos. De lo que somos y podemos llegar a ser somos nosotros los absolutos responsables.

Lo importante es crear empleos, no reservaciones. Y no se pueden crear empleos si los que apenas pueden vivir de los mismos han de responsabilizarse de su propio desarrollo, generando con su pobreza riqueza. "Pese a eso los pobres pagan poco –se nos dice–, los que pagan más son los ricos y lo justo es que paguen menos".

Los más pobres de los pobres, los llamados indígenas, no pueden pagar, por lo que se considera justo que vivan en reservaciones para que su especie no se extinga. Justo es que los estudiantes pobres, por el mismo hecho de serlo, vegeten en campos semejantes a las reservaciones para que tampoco se extingan. La marginación de la pobreza es garantía de la riqueza.

Cuando el presidente Franklin Delano Roosevelt de los Estados Unidos enfrentó la crisis originada en 1929 no se le ocurrió imponer impuestos a los pobres, a los desocupados que la crisis había originado. Lo que hizo fue crear empleos, abrir zanjas, sembrar campos, limpiar ciudades y pagar por todo ello. Esto hizo de los Estados Unidos la nación capaz de enfrentar al totalitarismo que en Europa había emergido de la miseria que originó la primera Guerra Mundial.

La entrada de los Estados Unidos a la economía de mercado la permitió el presidente William J. Clinton incorporando a la economía del país a los marginados por su origen, raza, hábitos, costumbres, sexo, edad y pobreza. Impuso, a pesar de las resistencias, mayores impuestos a los más ricos y más apoyo a los pobres para que se integrasen y trabajasen para superar su pobreza.

En África, los más pobres de los pobres de la humanidad, al no poder pagar por los medicamentos para enfrentar pestes que los diezman –como el SIDA–, fabricaron otros medicamentos que estaban al alcance de su miseria. Esto los llevó a enfrentar la oposición de los grandes laboratorios, aquellos que fabrican medicamentos que sólo pueden usar los que pueden pagarlos.

Éstos y otros más son ejemplos de superación de nuestras carencias. Empleo y educación son las prioridades de México, como lo son también de muchos otros pueblos de la Tierra que han de superar la marginación. Esto no se logra con leyes o cambios constitucionales, sino con acciones de sus gobernantes presionados por los reclamos de los gobernados.

¿Renuncia de Juan Pablo II?

En el Vaticano se discutió la propuesta del obispo Lehmann que pedía la renuncia del Pontífice Juan Pablo II argumentando su vejez. Lehmann insistió en que la Iglesia requiere de un "hombre fuerte" que integre la diversidad de intereses. En otras palabras, el Papa que se enfrentó al comunismo en la Guerra Fría no puede hacerlo ahora con expresiones más peligrosas para el sistema, como las que se manifiestan en la Guerra Sucia. Esta demanda de renuncia encontró algunas reacciones favorables.

¿Anciano el Papa? La Iglesia en el momento más oportuno eligió como Papa de transición a un anciano, Juan XXIII, que hizo de su pontificado un hito entre lo que la Iglesia había sido y lo que tenía que ser. Un antes y un después que puso a la Iglesia a la altura de los tiempos, reafirmando así sus orígenes. La muerte de dicho pontífice hizo respirar a sus opositores, pero ya no se pudo cambiar lo que había sido modificado. A Juan XXIII le siguieron Pablo VI, que fortaleció lo hecho, y Juan Pablo II que ha integrado y ampliado la nueva Iglesia.

Es ésta la primera vez en la historia de la Iglesia que se pide a un Pontífice su renuncia por vejez para supuestamente mantener la unidad de la institución. El Pontífice, útil en la Guerra Fría, ya no lo es para quienes defienden los mismos intereses que en aquel entonces. ¿Renunciaría Juan Pablo II? Nadie lo creyó, así lo espero. Por el contrario, la imagen de su fatigado y lastimado cuerpo siempre en la lucha ha sido y es estímulo de la fe y la esperanza en que nunca más sean violados ni manipulados por el hombre. El Pontífice es un polaco y como tal ha de seguir viviendo y actuando. Recuerdo un canto polaco que dice: "¡Qué viva cien años y cuando los viva qué viva cien años más!".

El Papa que enfrentó la violación de los derechos humanos realizada por el socialismo real estaliniano no podía aceptar ahora que éstos se violasen con argumentos que se presentan como defensa pero son más bien una perversión de tales derechos humanos. ¿Cómo se ha realizado y se realiza esta perversa violación? Se habla, entre otras cosas, de la defensa de la diversa gente que conforma a la Humanidad. ¡Dios ha hecho a los hombres distintos entre sí! La gente tiene derecho a ser lo que es y no otra cosa. "Todos iguales por ser distintos, pero cada uno en su lugar". A esto se llamó en Sudáfrica apart-

heid. A los que Dios hizo blancos los puso en sus fincas y fábricas. A los que hizo de color o mestizos los situó en la selva, en el desierto, en las cañadas o en el territorio de blancos pero bajo la más brutal explotación.

El Papa Juan Pablo II ha contestado a la que ahora se presenta como una simple sugerencia que no renunciará. "Dios nunca pide algo que supere nuestras fuerzas, él mismo nos da la fuerza necesaria para llevar a cabo lo que espera de nosotros". Y no sólo eso, insiste además en denunciar las desigualdades sociales que se dan en regiones como América Latina y que "debilitan algunos progresos democráticos prometedores". Tenemos así una América Latina castigada en sus empeños por alcanzar el desarrollo que legítimamente le corresponde, así como la democracia que le permita afirmarse. Una América Latina que sufre la perversa Guerra Sucia que insisten en mantener contra pueblos como el cubano, con bloqueos que le impusieron en la Guerra Fría. El Papa Juan Pablo II apoyó al pueblo cubano por sus valores humanistas y su pasado libertario que va de Varela a Martí. Acciones como la retención y manipulación del niño de seis años Elián González está encaminada a impedir la marcha democratizadora de este pueblo.

Los otros males a los que se refiere el Santo Padre son los desastres ecológicos que azotan al resto de la región, provocados por quienes nada quieren saber de compartir lo que debe ser compartido: el desarrollo. Argentina, Brasil, Ecuador, Venezuela, Perú, Uruguay, Paraguay, Chile y el resto del subcontinente sufren de catástrofes que frenan su marcha hacia una democratización que sea signo de la igualdad en la diferencia de lo humano.

Juan Pablo II ha mostrado una especial atención hacia México. En cada una de sus visitas ha destacado y ponderado lo que esta nación mestiza representa en su ideal de una ecumene que abarque toda expresión de humanidad. ¡México siempre fiel! No se cansa de repetir aquí y en Roma. Un México empeñado en el desarrollo por el que se vertió tanta sangre en la Revolución iniciada en 1910, en la búsqueda de una democracia que pusiese orden entre las facciones revolucionarias triunfantes y, luego, contra la corrupción que este mismo orden concertador originó.

En este empeño, México viene enfrentando la manipulación que los grandes centros de poder ejercen para obtener ventajas. Centros de poder cuyo desarrollo científico y tecnológico les permite producir al infinito.

Una de las manipulaciones que México enfrenta está relacionada con la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y con la Comunidad Europea, ya que ambos rehúsan un acuerdo hasta que no se acabe con la marginación de los grupos indígenas. En apoyo a lo que en el fondo es un sistema de apartheid de los mexicanos llamados indígenas se hacen movilizaciones en Europa y vienen asesores. Pese a ello, el Tratado con la Comunidad Europea está en marcha y para impedirlo son necesarias nuevas demostraciones y amenazas que frenen la democracia, iniciadas por decisión misma del sistema satanizado, por gente de la Iglesia motivada por su ardorosa defensa de los sufridos pueblos indígenas. La mejor defensa es enseñarlos a defenderse y que sean ellos, libremente, sin leyes, quienes decidan quedarse en sus pobres comunidades o incorporarse al desarrollo nacional.

El Papa Juan Pablo II entiende el problema que ha venido enfrentando México a lo largo de seis años de provocaciones para lograr la represión que lo aisle de la comunidad internacional. A ello se agregan nueve meses de agitaciones semejantes en la Uni-

versidad Nacional, que la han convertido en un campo de enjaulada miseria e ignorancia. Y con estas agitaciones, la impunidad como un mal menor que el que originaría la aplicación del Derecho. Seis años que en Chiapas han tenido como resultado miseria y desplazamientos humanos. Así como gente tratando de aliviar su miseria, saltando las altas murallas con las que nuestros vecinos protegen su exclusivo bienestar.

El Papa, que enfrenta a la Guerra Sucia, ha comprendido que las medidas que se tomen no deben involucrar más a pastores celosos, defensores de los pueblos indígenas, como se viene haciendo en defensa del México siempre fiel. De esta situación ha hablado el padre Justo Mullor, representante del Vaticano en México. Se ha referido a la satanización del sistema político mexicano hecha en Roma por el obispo Vera, empeñado en su propia democratización, frente a la resistencia de una oposición que prefiere la concertación y concertación del pasado que dice combatir.

De la Iglesia de las Catacumbas a la de Juan XXIII

Puntualmente el Pontífice de Roma se cumplió a sí mismo y al pueblo mexicano la promesa de regresar a México para la canonización de Juan Diego que hizo al terminar su cuarta visita al país. La quinta se realizó entre el 30 de julio y el 2 de agosto de 2002, ya durante el gobierno del panista Vicente Fox.

El Papa volvió a la Basílica de Guadalupe y encontró la alegría que había desaparecido de su rostro durante la beatificación de los oaxaqueños Jácome. Miraba con gozo y seguía con sus manos el ritmo de la música y la danza. Su cuerpo se enderezaba abandonando la lasitud que hacía temer por su vida. Frente a la Guadalupe había gente que danzaba, cantaba y ponía sahumerios que se distinguían de los de la víspera. ¿Danzas y cantos profanos? No, danzas y cantos originales de la peculiar identidad de esta gente.

Lo mismo puede verse en las grandes catedrales de Europa, en las pagodas asiáticas, en las mezquitas musulmanas y en los templos budistas e hinduistas. Lo distinto radica en que, con estas manifestaciones, los pueblos de esas regiones recuerdan amorosamente sus orígenes para luego volver a ser ellos. En su anterior visita el Papa había recordado que la Basílica de Santa María fue construida sobre el templo de Minerva. La Roma de nuestros días recoge lo que fue la Roma pagana para participar en el "banquete del consumo", que debe estar al alcance de todos los pueblos sin que tengan que negar su peculiar identidad.

Juan Pablo II es parte de la historia que se inicia en el Calvario de Jerusalén, donde Jesús fue crucificado según promesa hecha por el Creador, por el cual el ser humano no puede tener otro fin que el de toda criatura natural. Sólo que a él le ha dado un don, el de tomar conciencia de lo que es, con lo cual la muerte para él no es muerte, sino prolongación de vida. "Y llegarás a la vejez y a la muerte como el trigo que se corta a su tiempo", dice el Creador al sufrido Job. No antes ni después, como lo está haciendo patente Juan Pablo II.

Por eso Jesucristo, el prometido Mesías, muere pero resucita. En Jerusalén, los fariseos rechazan que el hijo de un carpintero, muerto en la cruz como un delincuente, pueda ser el Mesías que domine y castigue a Roma. Los que sí lo creen son los humildes, los pescadores y pastores que llevan la Nueva Promesa, la de la inmortalidad, a la conciencia de todos sus seguidores, que marchan cantando a Roma,

donde son recibidos, primero con curiosidad y luego con temor, por los Césares que ven cómo los romanos aceptan, abierta o secretamente, la buena nueva.

Al llegar a Roma, los inocentes pastores y pescadores son apresados y atormentados para que nieguen la promesa, pero siguen cantando y pidiendo la muerte que es vida, la misma que sufrió el hijo de Dios por los pecados de toda la Humanidad para que nadie más tenga que morir.

Cantando marchan al sacrificio o se ocultan en las Catacumbas, donde el judío Pedro y el romano Pablo enseñan cómo cumplir la misión. Finalmente son capturados y ejecutados, Pedro en la cruz, cabeza abajo, y Pablo degollado como ciudadano romano. ¿Es esto lo que en nuestros días pretende Juan Pablo II al incorporar en esta cruzada a los más pobres de los pobres, a los llamados indígenas, y exigir que se respete su identidad y la dignidad que la misma implica?

Los Césares hacen morir en circos y coliseos a todos los cristianos, incluidos los romanos. Las Catacumbas, más que refugios, se convierten en cuarteles desde donde mantienen su terca presencia. Así hasta llegar a Constantino el Grande (288-337, d.C). Su antecesor, Diocleciano, dividió el gran imperio romano en dos: el Imperio de Oriente y el Imperio de Occidente. Este último estaba en manos de militares y lo otorga a Constantino, quien, para gobernar, tiene que eliminar a otro pretendiente, Magencio. Diocleciano fue uno de los más crueles perseguidores de cristianos. Constantino no le va a la zaga, pero antes de declararse emperador le dicen que su madre, Elena, se ha hecho cristiana. Ella asegura a su hijo que si pone la cruz en sus estandartes tendrá el triunfo sobre Magencio. Constantino no puede continuar una persecución que alcanzaría a su propia madre y se convierte en campeón del cristianismo, otorgando libertad de cultos.

Constantino hizo más, secularizó al cristianismo, lo incorporó al Imperio como fuerza espiritual, algo que no aceptaron los sacerdotes cristianos, cuya fuerza política se manifestaba en la concesión o negación de la entrada de los cristianos al paraíso. Empezó así la larga guerra entre la Iglesia y el poder imperial, que culminó cuando el Papado se asienta en el Vaticano, la colina donde Pedro fue crucificado. Un episodio de esta guerra fue la querrela de las investiduras: ¿quién nombra a los Papas y diáconos de la Iglesia? La Iglesia vaticana no fue menos cruel que sus represores para imponer un dominio que no es ya espiritual, sino terrenal. Se enfrentó a los franciscanos que se empeñan en renovar la Iglesia de las catacumbas. Surgen los dominicos, "canes del Señor", bajo el impulso del español Domingo de Guzmán. Se crea la Inquisición que quema y tortura cuerpos para salvar almas.

¿El Vaticano es centro de santidad? No, todo lo contrario, allí se da la más grande corrupción y desviaciones sexuales de toda especie. El Papa Borgia y su familia expresaron el máximo de corrupción y aún se guarda recuerdo de sus perversiones. Esta política origina resistencias como la de Martín Lutero y Calvino en la Reforma y, frente a ella otro español, Ignacio de Loyola con sus milicias jesuitas.

El clero secular servía a los imperios como servirá a España en la conquista y colonización del Nuevo Mundo. En él los gobernantes encuentran apoyo para sus pretensiones de poder. Pero los pueblos aprenden a defenderse buscando en los resquicios del doble poder la forma de enfrentarlos, como lo hicieron Garibaldi en Italia y Bolívar en América.

Así llegamos al siglo XX con sus dos grandes Guerras Mundiales, con la Guerra Fría y la guerra por los mercados. Dentro del Vaticano se genera el cambio que ahora vive la Iglesia, el promovido por el Papa Juan XXIII (1958-63), elegido ya anciano como Pontífice de transición. Aún así, en tres años puso en marcha el gran cambio del que ahora es parte Juan Pablo II. ¿Qué hace Juan XXIII? Regresa a la Iglesia de las Catacumbas, a sus ritos y al fervor del que la sacó Constantino para ponerla a su servicio. Para impedir este cambio, el Vaticano se servía ya de otro ibero, el catalán Escrivá de Balaguer con el Opus Dei. Sin embargo, esto ha sido en vano y la labor de Juan XXIII es continuada por Pablo VI.

En 1978, en plena Guerra Fría, se elige a Juan Pablo II, que toma los nombres de Juan XXIII y Pablo VI. Su designación parecía un triunfo de los Estados Unidos por tratarse de un polaco cuyo pueblo sufre y enfrenta la dictadura comunista que inicia Stalin. Con el fin de la Guerra Fría en 1989 viene la salida de la misma de Mijail Gorbachov. La Guerra Sucia desarticula a la Unión Soviética y los Estados Unidos regresan a sus cuarteles con su obsoleto armamento. Se pone en marcha la guerra por los mercados que hace patente el rostro inhumano del capitalismo salvaje.

El Papa de la Guerra Fría, Juan Pablo II, rescata al Papa Juan XXIII y su visión. Él considera que existe algo más brutal que el comunismo, que pese a todo era una esperanza de los marginados. El Papa ve a María, madre de Dios, en María de Guadalupe, que lleva en su vientre al que ha de representar a los más pobres de los pobres, los llamados indígenas, explotados por los colonizadores en turno.

El indígena elegido no tiene rostro, aunque los que no han podido manipular este hecho se empeñen en darle uno. Fue este empeño el que borró la alegría del rostro del Papa. No obstante, la alegría volvió a su rostro frente a otros indígenas que le rinden homenaje y se despiden con las palabras: "respeten la dignidad y la cultura de los indígenas". Pero esto es algo que sólo ellos, los indios, podrán hacer posible aprendiendo a hacer y no sólo a recibir. Ésta es la forma como otros millones de indígenas, de distinto color de ojos y de piel, están haciendo por sí mismos en la tierra.

El Papa y el terrorismo económico

Durante su quinta visita a México, el Papa Juan Pablo II reiteró el enfoque global respecto de poner término a la pobreza originada por la economía de mercado y hacer con ello que la milenaria pobreza pase a la historia. Al contrario de lo que se esperaba, la pobreza se ha acrecentado y al hacerlo amenaza a la misma economía con dejarla paulatinamente sin mercados.

La última visita del Papa al continente americano se inició con su asistencia a la Jornada Mundial de la Juventud que tuvo lugar en Toronto. Allí, el Pontífice acuña el término de "terrorismo económico" para distinguirlo del que maneja el presidente George W. Bush en la cruzada contra el terrorismo que él encabeza. Para el Papa, la cruzada debería ser contra el terrorismo económico, contra lo que él llama "capitalismo salvaje", que impide realizar lo que prometía poner fin a la pobreza, la miseria y la muerte. En esta ocasión el Papa Juan Pablo II visita también Guatemala y México.

El fervor que origina el Pontífice en estas visitas alarma a los medios de información de los Estados Unidos, quienes hablan de la "Papamania" que, de exten-

derse a la América del Sur, pondría en aprietos la ya centenaria hegemonía global estadounidense. El Papa lo expresa también en la larga y pesada jornada del martes 30 de julio del 2002 cuando arriba a México, después de escuchar con atención el largo discurso con que lo recibe el presidente Vicente Fox sin considerar el cansancio del visitante.

Fox expone que a pesar del poco tiempo que lleva su gobierno todo ha sido alcanzado: democracia, libertad y desarrollo. Antes de él sólo había habido corrupción, miseria, engaño y simulación. Con Fox el hoy pone fin a un ayer y como todo está hecho ya no habrá mañana. Es un discurso en el que el presidente expresa sinceramente lo que cree y que un coro de aduladores se encarga de reiterar: "antes de Fox sólo simulación".

Una de las cosas inéditas que hace el presidente Fox es besar el anillo pastoral del Papa Juan Pablo II. "Nunca antes se había visto esto" – murmura el coro. "¡Se acabó la simulación!". ¿No era esto lo que hacían su alteza serenísima Antonio López de Santa Ana y nuestro emperador Iturbide? Criollos ambos que se beneficiaron del vacío de poder que dejó la colonización española. ¡No hay nada nuevo bajo el sol!

El Papa, no obstante el cansancio que se advierte en sus casi cerrados ojos, contesta el discurso del presidente reiterando lo que ya había expresado en su cuarta visita: habla de la riqueza de la región del continente de la que México es cabeza y frontera. Una América rica porque lleva en sus entrañas la extraordinaria riqueza de los originarios del lugar, los indígenas. Tan original como lo es todo pueblo. ¡Todos somos indígenas! El mensaje del Papa fue breve y concreto: "construir una patria renovada y en constante progreso". Una construcción hecha libremente. ¿Qué entiende el Papa por progreso? ¿Lo que para nuestro tiempo debe ser la nueva economía de mercado?

En su anterior visita a México había expresado: "El Señor prepara un banquete para todos los pueblos, nuestros pensamientos van especialmente hacia aquellos excluidos del banquete del consumo de cada día, a todos los que no han compartido los beneficios materiales que ha traído el progreso". Se refería específicamente a los pueblos más pobres, los llamados indígenas. Por ello promete regresar para canonizar, en el indio Juan Diego, a todos los mexicanos llamados indígenas.

En este regreso enfrenta grandes dificultades con la Curia y los nuevos gobernantes. Se dice al principio que el Papa no podrá venir debido a su avanzada edad. Sin embargo, su incansable actividad internacional demuestra lo contrario. Entonces se relaciona su visita con la visita de Estado al Vaticano que hizo el presidente Vicente Fox. El secretario de Gobernación hace saber al Vaticano que será el gobierno mexicano el que señale la fecha y lugar de la prometida canonización. El Protocolo del Vaticano responde que de ser así el Papa hará la canonización en Roma. El Papa sólo vendrá a México si realiza la canonización en la Basílica de Guadalupe. Esto alarma al clero y al gobierno porque frustraría la posibilidad del gran espectáculo que podría montarse con esta visita.

El fervor religioso fundado en la esperanza y la mercadotecnia se entremezclan en la nueva visita del Papa Juan Pablo II, cosa que se advierte la misma noche de su llegada con el discurso del presidente Fox. La televisión muestra los cansados

ojos del Papa que siguen el espectáculo montado dentro de la Basílica de la Guadalupeana. Allí se hace el mayor alarde de mercadotecnia, no para vender la imagen del Papa, sino para que se vea a quienes han montado el espectáculo. Danzantes disfrazados de aztecas, teponaxtles, chirimías, matracas. En otros lugares actúan el ballet folklórico de Amalia Hernández, coros de niños y millares de los indígenas acarreados.

Juan Diego no tenía rostro, ahora tiene uno que es llevado en andas para que acompañe a la Guadalupeana. Es el rostro en el que ha de reconocerse a los más pobres de los pobres y que les servirá de estímulo. La imagen es la de un bárbaro criollo que cuando más podría ser un mestizo.

El Papa no dice nada, ¿ha sido un fracaso su visita? No, porque ha podido hablar a los centenares de indígenas acarreados para decirles que por ellos no podrá hacerse nada que ellos mismos no sean capaces de hacer.

¿Podrán ser partícipes del banquete del consumo de la economía de mercado que se abre a todos los pueblos? No, el presidente Fox considera que lo que está a su alcance es algo más espiritual y espectáculos como el que les ha montado.

El Papa insiste con terquedad en un "México más justo y solidario". El país necesita de sus indígenas y los indígenas necesitan de su país. "Bendito indio, enséñanos el camino que lleva a la Virgen del Tepeyac". Es el mismo camino de los inicios del cristianismo cuando Jesús se inmola crucificado en el Monte Calvario de Jerusalén. Pastores y pescadores marchan hacia Roma llevando la nueva y, como su Maestro, se inmolan en sangrientos espectáculos montados por los Césares aterrizados por esta alegre marcha. Juan Pablo II no ha fracasado, por el contrario, se defiende con bríos de lo que inventan los medios para desacreditar su cruzada contra el terrorismo económico.

Se acusa al Papa de haber montado el espectáculo para detener el avance de los movimientos evangélicos y protestantes. Por el contrario, el Papa ha escrito desde Toronto al arzobispo anglicano de Canterbury para que se incorpore a su cruzada contra el terrorismo económico. Ha dado, además, la más extraordinaria muestra de su ecumenismo al convocar a una reunión de líderes religiosos de toda la Tierra en la Basílica de San Francisco en Asís, Italia, para enviar juntos un llamado a la verdadera paz y contra la violencia de cualquier especie y el terrorismo que usa el nombre de Dios para justificarse. Estuvieron representadas las expresiones del cristianismo monoteísta (católicos, protestantes, anglicanos y ortodoxos) y a este llamado se sumaron judíos, musulmanes, budistas, hinduistas, animistas y cultos africanos para condenar a quienes pretenden hacer de esta Providencia, instrumento de sus terrenas ambiciones.

El Papa habló en nombre de un Dios que tomó carne y murió por todos: "¡Dios no es de unos! ¡Dios es de todos! ¡Dios con todos!", y clausuró la reunión diciendo: "Queremos dar nuestra contribución para alejar las nubes del terrorismo, del odio, de los conflictos armados, nubes que en los últimos tiempos se han particularmente adentrado en el horizonte de la Humanidad".

Éste ha sido el extraordinario mensaje a la Humanidad emitido en la Basílica de San Francisco, el santo de los pobres, considerado así no por pobre, sino por compartir lo que es de todos con los más pobres de los pobres.

Juan Pablo II no es ya el Papa que vino del frío, con una visión estrecha, la de su nación que sufre la Guerra Fría. Como polaco sólo podía ser anticomunista, pero el fin de la Guerra Fría y de la carrera armamentista mostró al Papa que existen males mayores que el comunismo, que al final de cuentas era la esperanza de muchos marginados. El Pontífice sabe que todavía hay mucho que hacer dentro del cristianismo, mucho que cambiar, y que esto sólo puede hacerlo la Iglesia que se funda en Cristo.